

ANÁLISIS DE LA OBRA

Ella es él pasó en su tiempo por una de las mejores obras de Bretón, incluso sin hacer distinción entre teatro breve y el resto de su producción. Se trata de una excelente muestra de teatro simple y melodramático, de arquitectura teatral consistente y de buen aprovechamiento de recursos sencillos. Como rasgo característico y singular, hay que notar que desaparece la recurrencia a la comicidad, ingrediente habitual y medular en la producción bretoniana.

La obra desarrolla una peripecia sin ninguna complejidad, en la que en un matrimonio felicísimo (donde los papeles se han cambiado por la estrambótica manera de ser del marido, y ella es, cumple las funciones de, él) la intervención envidiosa y malintencionada de una prima (soltera) introduce un factor altamente desestabilizador en figura de antiguo novio, apuesto y bizarro capitán de infantería. Nada se modifica, no obstante, porque ella defiende a su familia de femenina y garrida manera, y todos quedan encantados –incluso el Marte desairado–, salvo la intrigante prima que, como es de ley, es arrojada en el desenlace de aquel paraíso hogareño.

Esta comedia se singulariza por la creación de una figura extremada, D. Alejo, que desastrado para cualquier labor, deja en manos de su esposa todo tipo de tareas. El tipo se perfila con esa sola característica, y sobre ella abunda una presentación hecha desde tres perspectivas distintas: su propia actuación a lo largo de

la obra, sobre todo en las escenas II, III, y IV (se trata de la forma más específicamente teatral de desenvolver un personaje); las referencias indirectas que sobre él se hacen en el diálogo de la escena I (Camila-Rita); y la referencia directa que él hace sobre sí mismo, en la que se refiere de manera expresiva a su inutilidad.

Ella es él no es meramente sentimental, sino melodramática. Las características de los personajes femeninos son, más que acusadas, exageradas, tanto en la bondad como en la maldad. Camila es una apología de la esposa burguesa (abnegada, fiel, madre sin límite, siempre propicia a la inmolación), Rita un engendro envidioso, lenguaraz y cizañero. Los personajes masculinos cumplen sus papeles casi de manera idéntica: ambos siempre en fuera de juego, a contrapié de una acción que el autor hace que manejen las damas.

Por otro lado, el momento culminante de la obra, aquel en que Camila ha de sustituir a su marido en trance varonil por demás —un duelo, y ante su ex-novio—, despliega cuanta argumentación pueda dirigirse a los bien dispuestos registros burgueses de su público para halagarlo, proporcionándole una emoción primaria, sin por supuesto, dejarlo pensar: acumulación de lugares comunes y tópico epidérmico: honra, matrimonio, amor verdadero, hijitos..., y ello siempre al borde de algo (de la muerte —incierta—, de la histeria —por lo general, decidida).

De la estructura de la obra es notoria la simetría con que se disponen las escenas; en la primera parte las escenas I y V desarrollan situaciones paralelas (Rita-Camila; Rita-Alejo, respectivamente); en la segunda parte se hace alternar escena de enfrentamiento con situación de anticlímax. En el centro queda la escena VI, en la que mediante un monólogo dramático se condensan los ingredientes de la acción.

La primera escena es considerablemente larga en relación a las restantes, como suele ser usual en este teatro; en ella se consigue una buena exposición mediante un diálogo vibrante entre las dos protagonistas. Hay en él una cooperación cabal en el in-

tercambio de información, que arranca del desvelamiento de una situación anormal (el exceso de trabajo de Camila por la ineptitud de su marido). La tensión necesaria se consigue por medio de lo irreductible de las dos posiciones, y en ocasiones se desliza al insulto serio: “Es natural /que de todos hable mal/ la que no tiene ninguno [marido]”, dice Camila; “Si es tan débil criatura,/ cambiad de una vez los frenos, /y que él se encargue a lo menos /del planchado y la costura.”, dirá Rita.

Además, la dialéctica agresiva de Rita es variada y se basa en la argumentación; en su mayor parte se asienta en razonamientos que se acomodan al sentido común; incluso, a veces, se sirve del refrán o de la frase sapiencial que codifica un conocimiento asumido por una sociedad y una tradición (“guárdate del agua mansa”). Por fin, tras la argumentación, introduce la inquietud mediante interrogaciones que, al bordear lo retórico, son peligrosas y difíciles de desmontar por el interlocutor antagonista (“¿Y si esa condescendencia/ naciese de indiferencia, / Camila, y no de ternura?”) La escena se corta (al igual que se hará en otras de la obra) de manera brusca; buen recurso que deja suspensa la polémica, sembrada la inquietud, y que da apariencia de naturalidad al discurrir de la acción.

El empleo del diálogo es una de las características más sobresalientes de esta obra, y no sólo en esa primera escena sino en la mayor parte de ellas. Se trata, como se dijo, de uno de los aspectos teatrales en los que más sobresale la capacidad de carpintería teatral de Bretón (intervención corta y atinada). Destacan la primera escena a la que ya me he referido, y su paralela, la V, en la que la técnica es casi idéntica; las escenas VIII y XI presentan, frente a las anteriores, la peculiaridad de que se sesga la regla pragmática de la cooperación en el intercambio de información; son diálogos de enfrentamiento: Marcelo-Camila (escena VIII), Marcelo-Alejo (escena XI).

Es llamativo, de entre los resortes utilizados para modificar la situación dramática, el uso que Bretón hace del equívoco, y la

MIGUEL ÁNGEL MURO

rentabilidad que obtiene de este sencillo recurso. Las escenas X y XVII, construidas sobre un juego de apartes y con una extrema brevedad, dan nuevo impulso a la acción, y en el caso de la XVII, propician la conjunción de elementos en el desenlace.

T E X T O

ELLA ES ÉL
COMEDIA EN UN ACTO

**Estrenada en el Teatro del Príncipe
el día 15 de febrero de 1838.**

PERSONAJES

CAMILA. D. ALEJO.
RITA. D. MARCELO.
BRUNO.

*La escena pasa en Valencia, en casa de D. Alejo. Sala con
puerta a la derecha del actor, otra en el foro y otra
a la izquierda.*

ESCENA I.

CAMILA. RITA.

[*Rita aparece ocupada en alguna labor de su sexo.
Llega Camila, se sienta y toma también algo de costura.*]

Camila. ¡Eh! ya he dejado la pluma.
Ahora la aguja.

Rita. ¡Qué afán!
Vida llevas de azacán.

Camila. No sé cómo no te abruma.
¿Qué quieres! Mi pobre Alejo
es un bendito de Dios.
Yo trabajo por los dos...
y gozar de Dios le dejo.

Rita. ¡Qué corazón de calandria!
¡Qué pobre hombre! Vale más
no casarse una jamás
que casarse con tal mandria.

Camila Tú que eres de mi marido,
Rita, tan severo juez...,
hablemos claro; tal vez
no le hubieras escupido.
Mas de tu fallo importuno
no me admiro. Es natural
que de todos hable mal
la que no tiene ninguno.

Rita. ¿Ya te picas?... ¡Qué bobada!
Yo te hablo de esa manera,
Camila, porque quisiera
verte mejor empleada.

Camila. ¿Crees tú en hombres perfectos?
No lo es mi consorte, no,
pero tiene prendas...

Rita. Yo
sólo he visto sus defectos.

Camila. ¡Con tales ojos le ves!
Tu juicio es aventurado,
que al cabo no le has tratado
más que dos días o tres.

Rita. Ese tiempo hace que habito
en tu amable compañía,
mas ya la fama decía
que tu esposo es... un bendito.
¡Qué simpleza! ¡Qué desidia!
¡qué poquedad!... claman todas.
¡Pobre moza! ¡tristes bodas!

Camila. Y eso... ¿es caridad..., o envidia?

Rita. ¡Camila!...

Camila. Error puede haber
en juzgar por la apariencia.

Rita. Pues, hija, toda Valencia...

Camila. Valencia no es su mujer.
Falta de mundo y de trato
tal vez le han hecho indolente;
tal vez por ser complaciente
le acusan de mentecato.
Tiene sobrado caudal
y poquísima ambición;
descuidó su educación
ciego afecto paternal;
y así, Rita, a dulces ocios
más que a brillar inclinado,
y algo flojo y desmañado,
no se cuida de negocios.
Su dulzura, no lo niego,

tal vez raya en timidez;
mármol parece tal vez,
¡y es su corazón de fuego!
No carece de valor,
mas le falta atrevimiento;
no le falta entendimiento,
pero le sobra candor.

Digna es en fin de la mía
su alma amorosa y sin hiel,
y si algo malo hay en él,
es ser bueno en demasía.

Rita. Confiesame que si pones
en el cielo a tu marido,
sólo es porque ha consentido
que lleves tú los calzones.

Camila. Lo que otras envidiarán
yo como carga lo tomo
por ahorrar un mayordomo
que a mis hijos robe el pan;
y administradora fiel
cual tierna consorte soy,
que un sólo paso no doy
sin consultarlo con él.

Rita. ¡No tiene mala prebenda!
Tú trabajas, y el muy zote...

Camila. Ya que me casé sin dote,
conservar debo su hacienda.

Rita. Si es tan débil criatura,
cambiad de una vez los frenos,
y que él se encargue a lo menos
del planchado y la costura.

Camila. Rita, la lengua detén.
El que a mi esposo deprima...

Rita. Esto es una chanza, prima,
y lo digo por tu bien.

¡Te llama cara mitad!
y miente, que tú eres *él*
y eres *tú*. Ese hombre de miel
¿qué hace?

Camila. Mi felicidad.

Rita. Y eso... ¿Quién te lo asegura?
¿Y si esa condescendencia
naciese de indiferencia,
Camila, y no de ternura?
¿Se despoja así un marido
de la autoridad suprema?
Quizá sea estratagema
lo que parece descuido.

Camila. ¡No!

Rita. Tal vez, mientras el opio
de esa blandura estudiada
te adormece confiada
y fascina tu amor propio...

Camila. ¡Qué ruin cavilosidad!

Rita. Te teme más que te ama,
y sacrifica su fama
a la dulce libertad.

Camila. ¡Qué lengüecita de perla!

¡Calla! Me haces padecer...

Rita. Quien descuida a su mujer...
no está lejos de venderla.

¿Quién sabe si ya se cansa
de ti, y a lo somormujo...,
con ese aire de cartujo...

¡Guárdate del agua mansa!

Camila. ¡Oh!

Rita. Quizá cuando sin pena
su cetro a tus manos pasa
cuidados no tiene en casa
porque los tiene en la ajena.

- Camila.* ¡Oh cielo! ¡Pagar así
mi tierna solicitud...!
¡Ah! no. Tanta ingratitud
no cabe, bien mío, en ti.
- Rita.* ¡Ah, que amor constante y fiel
hogaño ya no se estila!
¿No quisiste tú, Camila,
a otro amante antes que a él?
- Camila.* ¿Otro amante? Sí... Marcelo.
Le hablé dos días o tres;
se fue a la guerra, y después
no le he vuelto a ver el pelo.
Entonces era tan tierna
mi edad, tan sujeta a engaños...
¿Qué mujer a los quince años
siente una pasión eterna?
Una niña ya sabrás
que suele poner su amor
en el que baila mejor
o en el que la adula más.
Amor del primer abril,
aunque otra cosa aparente,
más que un afecto vehemente
es un antojo pueril.
Buscando a ciegas el bien
el corazón nos exhorta
a querer, y poco importa
cómo, hasta cuándo, y a quién.
Cuando se fue a Calahorra
don Marcelo ¿quién dirías
que a los tres o cuatro días
me consoló? Una cotorra.
- Rita.* Morir juraste o jamás
ser de otro dueño, ¡y cruel
te has casado! ¡Y no con él!

- Camila.* ¡Y no me he muerto! Ahí verás.
Él no me escribió...
- Rita.* Ya ves,
la guerra... Y un año entero
en Estella prisionero...
Pero te escribió después.
- Camila.* Ya era tarde. Como un sueño
se había ya su memoria
desvanecido, y mi gloria
se cifraba en otro dueño.
- Rita.* ¡Plantar a tan fino amante!
¡Qué inconstancia! ¡qué deslíz!
Él te hiciera más feliz
que ese hombre insignificante.
- Camila.* ¿Más feliz que soy ahora?
¡Imposible! ¿Y qué sé yo
si el otro se acuerda o no...
- Rita.* Prima, yo sé que te adora.
- Camila.* ¿Quién te ha dicho...?
- Rita.* Está en Valencia.
- Camila.* ¿De veras?
- Rita.* Haciendo alarde
de su constancia, ayer tarde
llegó con la diligencia.
- Camila.* ¿Tú le has visto?
- Rita.* A fe de Rita,
cuando de misa salí.
¡Me ha hablado tanto de ti!...
Vendrá a hacerte una visita.
- Camila.* ¿A mí una visita? ¿Y cuándo...?
- Rita.* Hoy mismo.— ¡Chica, ya tiene
dos charreteras y viene con la cruz de San Fernando!
En la fonda nueva se halla.—
Recíbele, que harta pena...

Camila. Como amigo, enhorabuena,
pero...

Rita. ¡Tu marido! Calla.
[*Se levantan.*]

ESCENA II.

CAMILA. RITA. D. ALEJO.

[*Llega D. Alejo con caña y demás avíos de pescar, y al entrar los entrega a Bruno, que se retira con ellos.*]

Alejo. [*Llamando.*]
¡Bruno!- ¡Camila adorada!-
Lleva este matalotaje
allá dentro, y ten cuidado
con los gatos, no se traguen
un anzuelo.- ¡Prenda mía!
Perdona si vengo tarde,
y dame un abrazo.
[*Abraza a Camila.*]

¡Hermosa!

Camila. Excusado es preguntarte
qué has pescado, porque siempre
vacío el cenacho traes.

Rita. O cuando más una rana...

Alejo. Decís bien. No me da el naipe
para la pesca; ni creo
que la fortuna me llame
a prosperar por el agua.
Bien que... ¡por ninguna parte!
Es fatalidad. No emprendo
cosa que no se desgracie.
Para mí es arco de iglesia
lo que para otros muy fácil,
y el día en que no cometo
diez torpezas garrafales

no quepo en mí; me figuro
que he puesto una pica en Flandes.
Sólo en la elección de esposa
fui feliz, que eres un ángel,
Camila...; y aun eso fue
porque te eligió mi padre.
Yo estaba muerto por ti,
mas no osaba declararme,
y si él no pide tu mano
hago, de fe, un disparate.
¡Hola! y gracias que soy rico,
que si hubiera de ganarme
el sustento con mi industria...
Ya sabe Dios lo que se hace.

Camila. Entonces te hubieran dado
otra educación.

Alejo. ¡Qué diantre!...

¡Si no sirvo para nada!...

Rita. Bueno es que tú lo declares.

Alejo. Es que por ser lego en todo
no sé ni aun mentir. No obstante,
si ahora me quejo es de vicio,
porque hoy he echado un buen lance.

Camila. ¿De veras?

Alejo. Sí.

Camila. ¿Qué has pescado?

Alejo. Una anguila como un cable.

Camila. ¡Una anguila! ¿Y no lo anuncias
con trompetas y timbales?
¡Qué alegría! Justamente
no hay pez que tanto me agrade.

Voy a que Juana la guise
con la salsa que ella sabe.

Alejo. No vayas. El caso es que...
Perdona...

- Camila.* ¿Qué?
Alejo. No te enfades
El caso es que... no la traigo.
Llegó un pobre vergonzante
a pedirme una limosna,
y para aplacar su hambre
se la di.
- Camila.* ¡Válgame Dios!
Alejo. ¿Qué quieres! Por no arriesgarme
a malgastar el dinero,
y porque no me lo estafen
mis amigos, hace días
que no llevo ni dos reales
en el bolsillo.
- Camila.* Haces mal.
Una vez que eres tan frágil,
lleva poco, mas no vuelvo
a consentir que te marches
sin nada; que hay ocasiones
en que no se excusa a nadie
de tirar un peso duro,
y yo no quiero que pases
por mezquino.
- Rita.* Con decir:
mi mujer tiene la llave...
- Camila.* ¿Por qué no diste las señas
de casa aquel miserable?
Le hubiéramos socorrido,
que nadie de mis umbrales
se aparta desconsolado;
pero eso de regalarle
la anguila sin más ni más...
¿No es una lástima?
- Alejo.* ¡Y grande!
¡Si supieras qué trabajo

me costó el sacarla al aire!
Tira de este lado, aprieta
del otro, y dale que dale...
Sudando estoy todavía...
[Buscando el pañuelo en los bolsillos.]
¿Y el pañuelo? ¡Virgen madre...!
¡Lo perdí! ¡Me lo han birlado!
Vamos, soy un badulaque.
¿Quién habrá sido...?

Camila. Tal vez
el mismo a quien regalaste
la anguila.

Alejo. ¡Fatalidad!
¡Y nuevecito! ¡flamante!

Camila. Dos van en esta semana.

Alejo. Con efecto, ¡y es hoy martes!

Camila. Vaya, sacaremos otro.

Rita. Bueno será que se lo ates
al ojal de la levita.

Alejo. No. Yo tendré en adelante
más cuidado. ¡Hay tanto pillo!
¡Infeliz del que yo atrape!
Del primer palo...

Camila. ¡Cuidado!
no te suceda el percance
del otro...

Alejo. ¿Cómo?...

Camila. Oye un cuento
que refería mi padre.
Érase un pobre demonio
que un día..., también fue martes,
salió a comprar en la plaza
no sé si pescado o carne.
Como siempre en el mercado
hay bulla y sobran truhanes,

sacáronle del bolsillo
del pantalón, o del fraque,
el dinero que llevaba,
que eran diez o doce reales.
Volvióse sin el recado,
contó a su mujer el lance,
pidióla otra vez dinero,
y sacando del estante
el sable de su cuñado,
sargento de provinciales,
la dijo: "A la plaza vuelvo.
Veremos si otro tunante
me viene a robar ahora."
Diez minutos no cabales
tardó en volver. La consorte
le pregunta: vaya, ¿traes
la compra?— ¿No he de traerla?
responde mi hombre muy jaque.
Figúrate... Aquí es preciso
imitar sus ademanes.
Figúrate que el dinero,
que me abultaba bastante...;
era un cartucho de cuartos;
lo llevaba casi casi
fuera del bolso derecho
del pantalón, y a esta parte
entre el brazo y la tetilla
mi serrucho formidable.
Iba así..., de media anqueta,
como quien mira a levante,
mas con el rabo del ojo
observaba la otra margen.
Llego pues, compro mi avío,
y con el mismo talante
vuelvo a casa, deseando,

así San Pedro me salve,
que al bolsillo tentador
se atrebiese algún pillastre,
porque entonces, ¡no hay recurso!
le abro en canal...

[Figurando tirar del sable.]

¡Voto a sanes!

No me han quitado el dinero...,
pero ¡me han quitado el sable!

ESCENA III.

CAMILA. RITA. D. ALEJO. BRUNO.

Bruno. Ahí está el procurador
don Bonifacio Peláez,
que viene a tratar del pleito...

Alejo. [A *Camila.*]
Sí; será aquel que entablaste
sobre el melonar de Alcira...

[A *Bruno.*]

A mí no tienes que darme
tales recados; ¿entiendes?
Mas ya veo que no sabes,
como ha poco que nos sirves,
que esos negocios atañen
a mi esposa.

Bruno. Yo creía,
salvo superior dictamen,
que el hombre, y no la mujer,
era aquí y en todas partes
el jefe, el rey de su casa.

Alejo. Sí, pero yo días hace
que abdiqué. Tenlo entendido.

Camila. Di al procurador que pase
al despacho y que me espere
un poco. Voy al instante.

ESCENA IV.

CAMILA. RITA. D. ALEJO.

- Camila.* ¿Vas tú a salir?
Alejo. Sí, querida;
a no ser que tú me mandes
otra cosa.
- Camila.* ¿Adónde piensas
ir?
Alejo. Al café: ya se sabe.
Allí me estoy como un santo
jugando a las damas *gratis*,
o leyendo la *Gaceta*,
hasta las tres de la tarde.
- Camila.* Hoy es el último día
para elegir concejales
Ya olvidabas...
- Alejo.* Como yo
no pretendo ser alcalde...
Camila. ¿Y qué importa? Es tu deber
procurar en cuanto alcances
que caigan en buenas manos
los cargos municipales.
¡Qué! ¿serás indiferente,
como tantos holgazanes,
al más precioso derecho...?
- Alejo.* Bien, yo votaré. Sí, antes
de ir al café...
Camila. ¡Cuidadito!
No hay que alterar en un ápice
la lista de candidatos
que te dio don Pedro Sánchez.
- Alejo.* Bien, yo estaré sobre aviso
para que otro no me engañe;
mas sí por una de tantas

funestas casualidades
lo echase a perder... Yo siento
que no puedas tú encargarte
de esa comisión.

Camila. ¡Calla, hombre!
No sé cómo no te caes
muerto de vergüenza... Vamos,
anda a vestirte; no tardes.

ESCENA V.

RITA. D. ALEJO.

Rita. Oye una palabra, Alejo.
Alejo. Vamos, ¿Qué quieres?
Rita. Hablando
con franqueza, eres muy blando
y quiero darte un consejo.
Lo que dentro de aquí pasa
tiene eco fuera de aquí.
Todos se burlan de ti
porque eres cero en tu casa.
Alejo. La respuesta que yo doy
al zumbar de tanto tábano
es que a nadie importa un rábano
si soy cero o no lo soy.
Rita. Malos principios son esos:
dígolo porque te estimo.
No seas tan calvo, primo,
que se te vean los sesos.
Bien que el popular murmullo
culpa menos en verdad
del marido la bondad
que de la esposa el orgullo,
malo es que una y otra lengua
formen juicios temerarios

y hagan de ti calendarios
que al fin ceden en tu mengua;
tanto que al ver tu aparejo
de pescar dicen por vicio:
hace bien, que ese es oficio
de...¡Ya me entiendes, Alejo!

Alejo. Pero, señor, si es honrada,
si es discreta mi mujer,
¿por qué quitarme el placer
de quererla y no hacer nada?
¿Qué logro yo si reclamo
un mando que me molesta?
Ningún trabajo me cuesta
obedecer a quien amo.
El mandar me toca, sí,
pero, si yo no me amaño,
¿he de llamar a un extraño
para que mande por mí?
Dios me hizo así..., no sé cómo,
y pues quiso darme en ella
a un tiempo consorte bella
y excelente mayordomo,
quiero que mande sin tasa
y de sátiras me río,
que hago su gusto y el mío...,
y todo se queda en casa.

Rita. Pero verte esclavizado
como un ilota a sus pies...

Alejo. No tal. Su gobierno es...
un despotismo ilustrado.

Rita. Ese dulce despotismo
pudiera serte fatal,
que tal vez bajo un rosal
se oculta, Alejo, un abismo.
A nosotras...; es verdad

que puedes, primo, creer,
pues lo dice una mujer,–
nos daña la libertad.
Y la que hoy se muestra ufana
de gozarla tan entera,
¡pobre Alejo! bien pudiera
abusar de ella mañana.
El amor propio es muy necio.
Creerá, si se juzga bella
y no tienes celos de ella,
que la miras con desprecio.
Camila es muy buena esposa,
mas como de esas se han visto...
En fin, el diablo anda listo
y la venganza es sabrosa.

Alejo. Calla, calla. Eso es demencia.
¡Ella hacer tal felonía!

Rita. ¡Guarda, no seas un día
la fábula de Valencia!

Alejo. ¡Ah! no lo sería, no.
Si hiciera tal desvarío...

Rita. ¿La mataras?

Alejo. No. ¡Bien mío!

Pero moriría yo.
No hay amor sin confianza,
mas no hay vida sin honor.
Mataríame el dolor
antes que a ella mi venganza.

Rita. Bueno es prevenir el mal
antes que se venga encima.
Si ella no fuese mi prima
diría...

Alejo. Mientes. No hay tal.

Rita. ¡Hombre, mientras no me explico...!
No falta ya quien la ronde,

y aunque ella no corresponde
todavía...

Alejo.

¡Cierra el pico!

Rita.

¡Cómo! ¿no te causa susto
que otro hombre a amarla se atreva?

Alejo.

Antes me alegre. Eso prueba
que yo he tenido buen gusto.

Rita.

Mas si ella por un antojo...

Alejo.

Basta. No seas mordaz.
Tengamos la fiesta en paz.

Rita.

Pero...

Alejo.

¡Calla, que me enojo!

¿Tú también aquí pretendes
regentar? Marido tierno,
cedo a Camila el gobierno;
pero ¡a ella sola! ¿Lo entiendes?

Rita.

No te irrites. Sabe Dios...

Alejo.

¡Anda, que eres mala prima!

Rita.

El bien de los dos me anima...

Alejo.

Muchas gracias por los dos.

Rita.

¿No me oyes? Pues te sentencio...

Alejo.

Lo que tú no has de comer
déjalo, Rita, cocer.

Rita.

Yo...

Alejo.

[*Alzando la voz.*]

¡Dale!... ¡dale!... ¡Silencio!

Vive Dios que ya me canso...

Sepa la prima atrevida
que yo no consiento brida
aunque parezco tan manso.

Y pues con tanto despejo
me aconsejó, nada bien,
a la tal prima también
quiero yo dar un consejo.

Cuando en casa ajena se halle,

sepa agradecer el pan
y el albergue que le dan,
y oiga, y vea, y coma, y calle.

ESCENA VI.

RITA.

¡Necio, de oírme te enojas
cuando te quiero salvar!
Eso se llama tomar
el rábano por las hojas.
Mas ya que eres tan jumento
que no entiendes la razón,
yo he de darte una lección
que te sirva de escarmiento.
Y esa prima del demonio,
esa fatua, presumida...
¡qué ufana está, qué engreída
con su feliz matrimonio!
Diez y siete años tenía
al casarse..., ¡mal pecado!
y yo a los treinta he llegado
¡sin pisar la vicaría!

ESCENA VII.

RITA. BRUNO. D. MARCELO.

Bruno. [Anunciando.]
Don Marcelo...
Rita. ¡Ah! Que entre, que entre.
Bruno. Entre el señor militar.
[Entra D. Marcelo.]
Rita. Pasa el recado a mi prima.
[Se va Bruno.]
Marcelo. Acaso es temeridad
el entrar yo en esta casa;

que para siempre jamás
debiera huir de esa pérfida...
Mas una mano fatal
me arrastra... Sí, verla quiero
y maldecir...

Rita. ¡Satanás!
¡Que está el marido...!
Marcelo. ¡Que esté!

No le vengo a disputar
su conquista. Mas la ingrata
mis justas quejas oirá.

Rita. ¡Prudencia! ¿Quién sabe...? Acaso...

Marcelo. ¿Qué escucho! ¿Podré esperar...?

Rita. Tal vez... El primer amor
no suele borrarse tan...
Nada de quejas. El tiempo...

Marcelo. Pero ese feliz rival,
ese marido...

Rita. Es un sandio,
marido de mazapán.

Marcelo. ¿Cómo...?

Rita. Aquí ejerce mi prima
la suprema autoridad.

Marcelo. ¿Cierto?

Rita. ¡Que viene! Hable usted
como amigo y nada más.

ESCENA VIII

CAMILA. RITA. D. MARCELO.

Camila. Bien venido, don Marcelo.
Marcelo. Señora... (¡Qué hermosa está!)
Camila. Doy a usted la enhorabuena
por su ascenso.

Marcelo. Esa bondad
agradezco mucho, pero...

- Camila.* ¿No se quiere usted sentar?
Marcelo. Gracias...
Rita. Hasta luego...
Camila. Aguarda...
[*En voz baja.*]
Yo me voy si tú te vas.
[*A D. Marcelo.*]
¿Y viene usted a Valencia
de asiento?
Marcelo. (¡Qué frialdad!)
Creo que sí. Yo también
debo a usted felicitar
por su casamiento.
Camila. Estimo
la atención. Es natural
que tan buen amigo tome
parte en mi felicidad.
Marcelo. (¡Y me insulta!) ¿Tan dichosa
es usted?
Camila. Hasta no más.
Marcelo. Ya se ve, cuando se lleva
contenta el alma al altar
y no perturba ningún
remordimiento su paz...
Rita. [*A D. Marcelo en voz baja.*]
¡Por Dios...!
Camila. No comprendo a usted.
Marcelo. Esa es ya mucha crueldad.
¿Olvida usted...?
Camila. Don Marcelo,
no me quiera usted obligar
a un desaire. Cualesquiera
que fuesen cuatro años ha
nuestras relaciones, lazos
que debe usted respetar

me impiden oír sus quejas,
que son inútiles ya.
Marcelo. Si usted perdió la memoria
cambiando la voluntad,
la mía es fiel por desgracia
como mi pasión fatal.
Pero usted por su alma juzga
el alma de los demás,
y falsa...

Camila. Ni juzgo a nadie,
ni nadie me ha de juzgar
sino mi marido. Beso
a usted la mano.

ESCENA IX.

RITA. D. MARCELO.

Marcelo. ¿Qué tal?
¿Se trata a un negro peor?
¡Y no poderme vengar!
¡y ella...! Estoy desesperado.

Rita. No ha sido usted tan sagaz
como debía. De buenas
a primeras ¡allá va!

Marcelo. ¿Cómo reprimir el labio
cuando el pecho es un volcán

Rita. No pierda usted la esperanza.
El león se amansará.

Marcelo. Antes moriré de celos.

Rita. No dejarme a mí marchar,
evitar explicaciones,
huir en fin...

Marcelo. ¡Desleal!

Rita. Ella se teme a sí misma,
y si usted muda de plan...

Marcelo. ¿Qué plan...? Me ciega la cólera,
y ahora me siento incapaz
de oír consejos...

Rita. [*Mirando adentro.*] Se acerca
el marido. ¡Por piedad...!

Marcelo. No tema usted. Él no tiene
la culpa.

ESCENA X.

RITA. D. MARCELO. D. ALEJO.

Marcelo. ¡Hola! ¡Es muy galán
Alejo. (¡Bien! ¡Mano a mano mi prima
con un bizarro oficial!
¡Si la sacase de penas...
y de mi casa!)

Rita. (Ya están
frente a frente. Habrá tal vez
camorra... Esto marchará.)

ESCENA XI.

D. ALEJO. D. MARCELO.

Alejo. Caballero...

Marcelo. Señor mío...

Alejo. Si usted no lo toma a mal
quisiera saber a quién
tengo la honra de hablar.

Marcelo. Mi nombre es Marcelo Estrada;
soy...

Alejo. Ya veo: capitán
de infantería.

Marcelo. Conozco
desde su más tierna edad
a su señora de usted..:

Alejo. ¡Ah! bien. Usted me tendrá
por su servidor y amigo...

- Marcelo.* La he venido a visitar
y a darle mi parabién
por su coyunda nupcial.
- Alejo.* Yo soy el favorecido...
- Marcelo.* Si no fuera necedad
dar crédito a las hablillas
del público lenguaraz,
dijera yo como todos
que el buen don Alejo Prats
ha sido, entre los amantes
de tan perfecta beldad,
el que merecía menos
y el que ha conseguido más.
- Alejo.* Dios se lo pague a Camila
que gracia tan especial
me dispensó. Sin embargo,
puesto que dice el refrán,
de gustos no hay nada escrito,
y que yo ningún puñal
puse a su pecho, pudiera
responder sin vanidad
que valía más que todos
los candidatos quizá,
pues sentenció en mi favor
competente tribunal.
- Marcelo.* ¿Usted sabe con quién habla?
- Alejo.* ¿No me lo ha dicho usted ya?
- Marcelo.* ¿Y que tengo malas pulgas
y no me dejo sobar
de nadie?
- Alejo.* Y eso ¿a qué viene?
Yo hablaba aquí en sana paz...
- Marcelo.* No hay paz. Yo amaba a Camila.
Sépallo usted...

Alejo. [Sonriéndose.] ¡Voto a san...!
¿Usted la amaba? Lo siento,
pero usted ve que ya no hay
remedio... Ya está casada...
Yo me figuré al entrar
que era su dama de usted
la prima, y si le es igual...
Marcelo. ¡Qué insulto! ¡A mí! ¡Vive Dios...!
Pero no es este el lugar
conveniente... Nos veremos.

ESCENA XII.

D. ALEJO.

¿Está dado a Barrabás
este hombre? Según las trazas,
me quiere desafiar.
¿Es delito el ser marido?
¡Buena está la sociedad!
No basta el amor, no basta
la bendición del altar,
ni constar como casado
en el padrón vecinal.
No, señor, no; que amén de eso,
tiene uno que conquistar
a estocadas la pacífica
posesión de su mitad.

ESCENA XIII.

D. ALEJO. CAMILA.

Camila. ¡No has salido todavía!
Alejo. (No la diré lo que pasa.)
Camila...
Camila. Fuera de casa
ya ha tiempo te suponía.

- (¡Maldito procurador!...
Se habrán visto...)
- Alejo.* Aún no he salido.
- Camila.* Como te vi ya vestido
salir por el corredor...
- Alejo.* La hija de mis entrañas
me vino a pedir un beso,
y el paternal embeleso
me entretuvo. ¡Qué! ¿Lo extrañas?
- Camila.* ¡Ah! no.
- Alejo.* Al marcharme después
oigo hablar, entro... Era Rita
que estaba aquí con visita...
- Camila.* Sí. Vas a saber quién es...
¿Habéis hablado los dos?
- Alejo.* Muy poco. Yo no averiguo...
Dijo que era un amigo antiguo...
¿Qué sé yo...? Vaya con Dios.
- Camila.* La verdad clara y sencilla
de mi boca has de saber:
lo exige así mi deber.—
Cuando era yo una chiquilla...
- Alejo.* ¿Vas a decir que te quiso,
y tu también le quisiste,
y se fue, y *laus tibi, Christe*...
¡Bien! Dios le dé el paraíso.
- Camila.* Lo que yo por él sentí
al iniciarme en el mundo,
no fue amor tierno y profundo
como el que te tengo a ti;
fue capricho fugitivo...
- Alejo.* Si al cabo yo he sido el rey
¿qué me importa? En buena ley
no hay efecto retroactivo.

Camila. Bobadas de mi niñez,
osó recordarme necio;
mi respuesta fue el desprecio,
y no volverá otra vez.

Alejo. Bien hará si es importuno,
mas te juro por los cielos
que yo de él no tengo celos,
Camila, ni de ninguno.

Camila. Yo te juro...

Alejo. Cierra el labio.
Sé que eres fiel y sincera.
Si tus disculpas oyera
creería hacerte un agravio.

Camila. Jamás...

Alejo. ¡Basta! ¿Siempre vos
habéis de mandar, señora?
¡Silencio! Yo mando ahora.
Venga un abrazo, y ¡adiós!

ESCENA XIV.

CAMILA

¡Qué indole tan hermosa!
Si el más leve pensamiento
contra su honor y su dicha
osara abrigar mi pecho,
la más infame mujer
sería del universo.
¡Cuán diversos caracteres
el suyo y el de Marcelo!
¡Venir ahora ese loco
a acibarar mi contento!...
Niñadas sin consecuencia
no le dan ningún derecho
para atreverse... ¿Qué traes?

ESCENA XV.

CAMILA. BRUNO.

- Bruno.* [Con una esquila en la mano.]
Traigo esta esquelita, pero
no sé qué he de hacer con ella.
Dice el sobre: "A don Alejo,"
y que se la dé en su mano
me ha encargado el mensajero.
El no está en casa, y usted
es el alma de su cuerpo.
el sobre por una parte,
usted por otra... Me veo
confuso y comprometido
como burro entre dos piensos.
- Camila.* Palmazo, dame esa esquila.
- Bruno.* En obedecer no yerro.
Tome usted.
- Camila.* [Tomándola.] ¿Quién la ha traído?
- Bruno.* Un militar.
- Camila.* (¡Ah! sospecho...)
Bien está. Vete.

ESCENA XVI.

CAMILA.

[Abriendo la esquila.]
Veamos...
Don Marcelo firma... Tiemblo...
[Lee para sí.]
Bien mi corazón temía...
¡Hombre temerario!... ¡Un duelo!
¡Y no ha empuñado jamás
una arma mi pobre Alejo!
Dicha ha sido que en mis manos
caiga este papel funesto,

y no en las tuyas, que al fin
me adora y es caballero,
y por su amor y su honra
matar se dejara. ¡Oh cielo!...
Mas ocultarle esta carta
¿de qué servirá si luego...
¡Desventurada! ¿Qué haré...?

ESCENA XVII.

CAMILA. RITA.

Rita. ¿Aquí solita? ¿Qué es eso?
¿cómo estás tan agitada?
Camila. (¡Dios mío, inspiradme!)
Rita. ¿Puedo
saber...?
Camila. No es nada...
Rita. ¿Es acaso
ese papel el objeto
de tu inquietud?
Camila. No... (¡Qué idea!)
Te aseguro...
[*Toca la campanilla.*]
Rita. (Aquí hay misterio.)

ESCENA XVIII.

CAMILA. RITA. BRUNO.

Camila. [A Bruno aparte saliéndole al encuentro.]
¿Sabes dónde está la fonda
nueva?
Rita. (¿No digo? Secretos...)
Bruno. Dos pasos de aquí.
Camila. Pues corre.
Pregunta por don Marcelo
Estrada...

Rita. (¿Qué será?)
Camila. Y dile
que se llegue aquí al momento,
que tu amo se lo suplica.
Bruno. El amo es usted: entiendo.
Camila. ¡No, torpe! Tú has de decirle
que le llama don Alejo
Prats. No me nombres a mí
para nada.
Bruno. Ya.
Camila. ¡Y silencio!
Nadie ha de saber en casa...
Bruno. ¿Ni el amo?
Camila. Tampoco.
Bruno. Bueno.

ESCENA XIX.

CAMILA. RITA.

Rita. ¿De cuándo acá esas reservas
conmigo que me intereso
tanto por ti?
Camila. No lo dudo.
Rita. ¿Has perdido acaso el pleito?
O ¿qué accidente imprevisto...?
Camila. No es ningún negocio serio...
Rita. Si no te fías de mí...
Camila. Ya lo sabrás con el tiempo.

ESCENA XX.

RITA.

Sí, sí, aquí hay gato encerrado,
mas me devano los sesos
y en un ciego laberinto
de conjeturas me pierdo.

¿Si será del capitán
la carta? ¡Qué! no lo creo...
¿Qué le habrá dicho mi prima
al criado, que corriendo
salió... Sí, sonó la puerta...
¿Adónde...? Me desespero.
¿Adónde irá...? Yo daría
una oreja por saberlo.
Estaré alerta, y si el hilo
llego a coger de este enredo...

ESCENA XXI.

RITA. BRUNO.

Bruno [Llega acelerado y se dirige a Rita,
que está de espaldas.]

Antes de veinte minutos
vendrá el señor don Marcelo.

Rita [Volviendo la cabeza.]

¡Hola! ¿Qué escucho!

Bruno. ¡No es ella!

Mal haya mi aturdimiento.
Por Dios, que no diga usted
a su prima... ¿Está allá dentro?

Rita. Sí.

Bruno. Voy a darle el recado.

¡Señorita, por san Pedro...!

Rita. No temas.

Bruno. ¡Ser yo chismoso
sin comerlo ni beberlo!

ESCENA XXII.

RITA

Una cita misteriosa...
Lindamente. ¿Esas tenemos?

¡Miren la mosquita muerta!
¡En público tanto ceño
para maquinar después
semejante gatuperio!

ESCENA XXIII.

CAMILA. RITA.

Camila. (¿Cómo la echaré de aquí?)
Aún no hemos visto al enfermo
de arriba... Si de mi parte
quisieras subir...

Rita. (Comprendo.)

Camila. Doña Paulita está sola,
y es regular ofrecernos...

Rita. Bien, yo la haré compañía
si quieres. (Disimulemos.)

Camila. Es amiga. Aunque te subas
la calceta...

Rita. Estoy en eso.
(¡Primita! ¡primita! ¿Quieres
quitar estorbos de en medio?
Yo te serviré.) Ya subo.
(Se colmaron mis deseos.)

ESCENA XXIV.

CAMILA.

¡Anda en mal hora, fisgona
insufrible! Mis proyectos
ignora, y para cumplirlos
conviene tenerla lejos.

[*Mirando adentro.*]

Bien. Ya sale. El capitán
no puede tardar. Alejo
no volverá hasta la hora

de comer. A cualquier precio
[*Toca la campanilla.*]
es necesario impedir
que se verifique el duelo.

ESCENA XXV.

CAMILA. BRUNO.

Camila. Cuando venga el capitán
le dirás que tome asiento
y espere aquí.

Bruno. Bien, señora.

Camila. Y entra a avisarme ligero.

Bruno. Pero él vendrá preguntando
por el señor don...

Camila. Mastuerzo,
calla y haz lo que te he dicho.

Bruno. Lo haré así, ni más, ni menos.

ESCENA XXVI.

BRUNO.

Esto ya pica en historia;
esto me huele a cortejo;
pero ¿qué se me da a mí
si otro ha de llevar los... Siento
abrir la puerta...

[*Acercándose a la de la derecha.*]

Aquí está.-

Adelante, caballero.

ESCENA XXVII.

BRUNO. D. MARCELO.

Marcelo. ¿Don Alejo...?

Bruno. Ruego a usted
que espere... Voy en un vuelo...
Siéntese usted...

Marcelo. ¿No está tu amo?
Bruno. Sí tal. (Ella es él. No miento.)

ESCENA XXVIII.

D. MARCELO.

¡Llamarme ese hombre a su casa
cuando yo fuera le reto!
Vamos, querrá transigir.
Él no es hombre a lo que veo
de armas tomar. Será inútil,
porque estoy hecho un veneno.
O riñe y muere a mis manos,
o en el teatro, en paseo...,
donde le vea, le escupo
y le... ¡Camila! ¿Qué es esto?

ESCENA XXIX.

CAMILA D. MARCELO.

Marcelo. Sepa usted, señora mía,
por si me quiere culpar,
que aquí vengo a mi pesar.
Cierta asunto me traía...
don Alejo...

Camila. Con él no;
conmigo; y ahora, al punto,
se ha de zanjar ese asunto.
La cita la he dado yo.

Marcelo. ¡Cómo! ¿Usted...?

Camila. Yo recibí
la esquila de desafío.
El honor de Alejo es mío.
Aquí me tiene usted a mí.

Marcelo. ¡Es posible!...

Camila. Sí, señor.

- Marcelo.* ¡Usted lidiar!...
- Camila.* Sí, en su nombre.
- Marcelo.* Entre una bella y un hombre
sólo hay combates de amor.
- Camila.* No se entiende eso conmigo.
- Marcelo.* Venturoso yo si lucho
con la deidad...
- Camila.* ¡Eh! no escucho
lisonjas de mi enemigo.
- Marcelo.* ¿Qué extraño acceso de bilis
le ha dado a usted? Pero veo
que es chanza...
- Camila.* No me chanceo.
- Marcelo.* Vamos, ya entiendo el busilis.
Don Alejo se acoquina,
huye al riesgo las espaldas,
y al sagrado de las faldas
apela como un gallina.
- Camila.* Alejo no sabe nada;
lo juro. Si así no fuera,
antes mil veces muriera
que ver su honra mancillada.
Mas yo tengo honra también,
yo también tengo una vida,
y doila al hierro homicida
por salvar la de mi bien.
¿Qué mucho? Él me hace dichosa,
y yo le quiero constante
con el delirio de amante,
con la ternura de esposa.
No lo tome usted a agravio
recordando que tal vez
oí grata en mi niñez
alabanzas de ese labio;

que las mujeres honradas
quieren amar de solteras,
mas quizá no aman de veras
hasta después de casadas.
Ceda esa saña cruel,
o yo la reclamo toda,
que si hubo culpa en mi boda,
yo la cometí; no él.
Funda oficial veterano
en las armas su blasón:
él, de blanda condición,
jamás las tomó en la mano.
Si porque usted le afrente
combate con tal maestro,
morirá por menos diestro
y no por menos valiente.
¡Y usted después muy ufano
dirá: vencí en la pendencia;
robé un padre a la inocencia
y a la patria un ciudadano!
Si con tales regocijos
esa alma cruel se exalta,
¡muera yo, que menos falta
haré yo a mis pobres hijos!

Marcelo. ¡Oh Camila! ¡Oh dicha inmensa!...

Camila. Ea pues, luzca ese acero,
y si es usted caballero...

Marcelo. ¡Contra una dama indefensa!

Camila. Armas tengo.

Marcelo. Yo no advierto
cuáles...

Camila. Mi propia flaqueza,
mi fe..., quizá mi belleza...
y estas lágrimas que vierto.

- Marcelo.* Basta. El alma más proterva
no osara...
- Camila.* Si aún no he triunfado,
triunfaré. Tengo emboscado
mi ejército de reserva.
- Marcelo.* ¿Cuál...?
- Camila.* ¡Mis hijos, mi consuelo!
¡Mi Alejito, mi Isabel!
¡un niño como un clavel!
¡y una niña como un cielo!
- Marcelo.* [*Cayendo a los pies de Camila.*]
¡Ah! ¡No más!
- Camila.* ¡Gracias a Dios!
Así quiero yo; ¡a mis pies!
Ahora... diga usted: ¿quién es
más valiente de los dos?
- Marcelo.* Mi loca pasión, señora,
me cegó. Siempre amaré
a Camila..., pero sé
cuál es mi deber ahora.—
Hoy parto para Murviedro...

ESCENA XXX.

CAMILA. D. MARCELO. RITA. D. ALEJO.

[*Entran apresurados.*]

- Alejo.* ¿Qué veo! ¡Infamia!...
- Rita.* ¡Aquí está!
- Camila.* [*Riéndose.*]
¡El rico-hombre de Alcalá
a los pies del Rey don Pedro!
- Alejo.* ¿Así respetas los lazos...?
- Camila.* ¿Qué más quieres si le ves
arrepentido a mis pies...?
- Alejo.* Pero...

- Camila.* [Abrazándole.— D. Marcelo se levanta.]
¿Y él me ve en tus brazos?
- Alejo.* Mujer,... yo... Mi confusión...
Mas si mereces mi gracia,
no el señor, y de su audacia
me dará satisfacción.
- Marcelo.* Pasó mi loco arrebato.
Tanta virtud lo aniquila.
Angel celeste es Camila
y yo he sido un insensato.
Mientras injusto y celoso
su esposo la perseguía,
ella su sangre ofrecía
por la sangre de su esposo.
- Alejo.* ¡Camila!
- Camila.* [Dándole la esquila. D. Alejo la lee para sí
rápidamente.]
Toma, lee y calla.
- Rita.* (¿Qué es esto?)
- Marcelo.* Una dama vio
temblar a quien no tembló
en los campos de batalla.
Yo parto, y al que en mi furia
reté desmedido y ciego
que me perdone le ruego
la no merecida injuria.
Ámela usted satisfecho,
pues juro que es inocente...,
y ni es cobarde ni miente
quien lleva esta cruz al pecho.

ESCENA XXXI.

CAMILA. RITA. D. ALEJO.

- Alejo.* ¡Ah! yo también a tus pies...

- Camila.* [Deteniéndole.]
¡Tonto! Ese no es tu lugar.
- Alejo.* ¿Cómo has podido triunfar...?
- Camila.* Yo te lo diré después.
- Alejo.* Sentí en el honor cosquillas,
y a poco la acción más vil...
Un chisme de ese... reptil
me sacó de mis casillas.
- Camila.* Pues yo su soplo bendigo,
porque redundo en mi gloria,
y de mi noble victoria
te ha llamado a ser testigo.
- Alejo.* ¡Oh, sí!- Te ruego, no obstante,
por mi amor sumiso y tierno,
que las riendas del gobierno
me fies por un instante.
- Camila.* ¡Eh! ¡calla! ¿Acaso un marido
necesita que le den...?
- Alejo.* Si tú no dices amén,
nada haré.
- Camila.* Pues concedido.
- Alejo.* Gracias. Ahora bien, usando
de mis facultades... Toma
la puerta, Rita. No es broma.
Yo lo exijo; yo lo mando.
- Rita.* Bien. (Estoy hecha una brasa.)
Con muchísimo placer...
- Alejo.* Es que ahora mismo ha de ser.
¡No más chismes en mi casa!
- Rita.* Sí, sí, aunque pida por Dios
limosna, me quiero ir...
porque no os puedo sufrir
a ninguno de los dos.

ESCENA ULTIMA.

CAMILA. D. ALEJO.

Camila. Lo creo; se irá con pena,
pues vana fue su perfidia,
y es dogal para la envidia
presenciar la dicha ajena.

